

Aportaciones del marxismo analítico al análisis filosófico actual*

Constataciones, autorevisiones y perspectivas

JOSÉ EDGARDO CAL MONTOYA

Constataciones

Comprendiendo la crisis epistémica, metodológica y programática del marxismo

La caída del socialismo nominal en 1989 se constituyó en un momento de perplejidad intelectual al que el movimiento tradicional de izquierda y la comunidad académica latinoamericana sigue refiriendo sus reflexiones en estos tiempos de globalismo neoliberal. Este momento generó una ampliación del desencanto político dentro del espacio público internacional, en el que los nuevos proyectos políticos y las nuevas propuestas intelectuales parecen no tener futuro.

* Conferencia impartida en el ICAS dentro del Programa de Maestría y Doctorado en Filosofía Iberoamericana. El autor es Magíster en Filosofía por la Universidad Rafael Landívar y profesor visitante del Programa de Maestría y Doctorado en Filosofía Iberoamericana de la UCA.

Esta problemática, parafraseando a Ignacio Ellacuría, exige de nosotros una respuesta genuinamente *universitaria*, la cual debe afincarse en la generación de un conocimiento con interés auténticamente emancipatorio que corresponda con un *proceso histórico de constitución en cuanto tal* en el que el hombre y la mujer de hoy se vean liberados fácticamente de las condiciones reales opresoras que no les permiten el libre y pleno ejercicio de sus habilidades y de sus posibilidades transformadoras.

Las intuiciones teóricas de Marx permiten recuperar este referente decisivo de las ingentes tareas de transformación social de nuestra realidad latinoamericana desde un proceso de *revolución recuperadora*, como diría Habermas, de su propia racionalidad y ya no referido a las herméticas interpretaciones de las teorías de Marx que siguen teniendo sumida a la izquierda latinoamericana en una profunda crisis epistémica, ideológica y programática. Decimos epistémica, porque el marxismo latinoamericano retiró autoritariamente su posibilidad de *falsabilidad* como discurso político apelando a su incontrovertible filiación científica, momento desde el que empieza a constituirse en un discurso *instrumental*. Señalamos una crisis ideológica, porque posteriormente a la obra de José Carlos Mariátegui, el marxismo latinoamericano transitó por el hegemonismo de la interpretación soviética, la que en muchos casos hizo resistencia a nuevas interpretaciones sobre su instauración en el continente, conduciéndolo a estatuir una *dogmática de partido* que llegó a dejar por fuera la complejidad cultural de nuestra región en las tareas de generación de un proyecto alternativo de sociedad. Y acotamos que experimentó una crisis programática, debido a que la administración de este *cuerpo doctrinal absoluto*, se constituyó *de suyo* en un *cuerpo doctrinal muerto* que difícilmente tendría un potencial analítico y propositivo de amplio espectro en la puesta en marcha de programas políticos con genuina capacidad de intermediación social. De aquí colegimos que una de las primeras fisuras teóricas de la izquierda latinoamericana tradicional, denominación referida a aquella seguidora de los principios de las Internacionales, fue la comprensión cristalizada del vasto legado teórico de Marx —llamado también el supuesto simplificador—, la que indujo una interpretación y posterior difusión de las ideas marxianas en la que la afirmación estuvo siempre por encima de la argumentación.

Es a partir de esta problemática, que podemos identificar una primera inferencia explicativa a la crisis de racionalidad que experimentan gran parte de las universidades estatales del istmo, en las que la adhesión política se antepuso a la reflexión académica indefectiblemente comprometida con el rigor y la verdad. De esta gran fisura devenida de la comprensión cristalizada de las ideas de Marx y Engels, se generan otras dos que deben ser consideradas para nuestro análisis: una de carácter político, en la que el partido llegó a ser considerado la única forma de organización válida para llevar a cabo los principios del imaginario socialista; y otra de carácter histórico, en la que la izquierda tradicional se atuvo a una Historia teleológica de estadios (sujeta a una ahora muy cuestionable teoría onniabarcante del desarrollo de las sociedades) que desatendió la Historia real misma como un ejercicio de autocercioramiento de su propia racionalidad, presupuesto que adquiere gran importancia al interior del proceso de reconstrucción del materialismo histórico que planteara Habermas como paso previo al proyecto de reconstitución racional de los proyectos políticos de izquierda. En esta necesaria pero difícil tarea, debemos partir de que esta revolución recuperadora implica la recuperación del legado teórico de Marx presente en toda su obra, no solamente la de los manuales o los programas mínimos. Debemos regresar a sus escritos para referirnos a las tradiciones intelectuales que refirieron su pensamiento, considerando inicialmente la idea hegeliana de la dialéctica como un proceso analéctico, un proceso abierto a las exigencias de la realidad como estructura dinámica. Los procesos económicos y culturales que vivimos actualmente nos conducen a efectuar una revisión epistemológica y metodológica de las grandes herencias teóricas que habían sido el fundamento de las ciencias sociales críticas: Hegel, Marx y Freud; tarea que debe asumirse desde la percepción de un conocimiento emancipatorio en permanente construcción.

Es desde este ámbito comprensivo que situaremos estas breves reflexiones sobre la revolución teórica de Marx referida a los aportes teóricos y metodológicos de las ciencias sociales contemporáneas, intencionalidad con la que se pretende fortalecer tanto su potencial interpretativo, su capacidad de argumentación y la rigurosidad de sus propuestas, de manera que las ciencias sociales se transformen dentro de este nuevo marco dialogal del marxismo en ciencias sociales críticamente orientadas. El estudio de las principales posturas teóricas

de acercamiento no ortodoxo a los temas del marxismo que se desarrolló desde el ámbito académico anglosajón con el *September group* iniciado por Gerald Cohen, John Roemer, Jon Elster, Adam Przeworski, Robert Brenner y Erick Olin Wright a finales de la década de los setenta, será el referente sobre el que conduciremos este proceso de recuperación de las denominadas por ellos concepciones fuertes del marxismo que permitan desteleologizar nuestras propias concepciones de los procesos históricos y sociales y elaborar propuestas alternativas de modelos de acción colectiva que permitan una efectiva recuperación del ejercicio de la ciudadanía desde una perspectiva de reconstrucción de la sociedad como comunidad ético-política y no únicamente de carácter procedimental. En este sentido, el acopio de la amplia diversidad de impulsos de renovación que experimentó el pensamiento filosófico marxista desde la década del setenta hasta la actualidad, posibilita reflexionar crítica y dialogalmente sobre la ingente necesidad de construcción de un nuevo proyecto de sociedad referido al desarrollo de una racionalidad abierta, la búsqueda multidireccional de la equidad social, la articulación de formas de comunicación tendentes al consenso participativo y a la conformación de una responsabilidad ética civil como marco común de las acciones individuales y colectivas.

La amplia diversidad de impulsos de renovación del pensamiento marxista debemos situarlos desde sus mismos orígenes por medio de los esfuerzos de Marx y Engels por construir un proyecto alternativo de sociedad. Desde esta línea de argumentación, fijamos nuestra atención en que las ideas marxianas, puesto que el marxismo es una interpretación posterior de sus teorizaciones, se gestaron y difundieron en un entorno de revisión al albor de la economía-mundo basada en el capitalismo de expansión. Las ideas socialistas utópicas de Saint-Simon y Constant que refrendaban la necesidad de 'socializar la producción' tuvieron su eco sistemático en el joven periodista Kaustky, quien a finales del siglo XIX permite referir las ideas marxistas a su entorno político de desarrollo que fue la socialdemocracia alemana. En referencia a este proyecto político, Kaustky, en sus escritos, puso en cuestión en este momento histórico las enormes dificultades que entrañaba encontrar en la obra de Marx el establecimiento de un Estado totalitario, considerado en la Rusia estalinista como la cristalización de su proyecto político: los subsecuentes fracasos de los planes quinquenales

aunados a la sistematización del terror llevado a cabo por las purgas partidarias, como ya lo han demostrado las investigaciones de Getty y Naumov, dan pie a caracterizar la distorsión que sufre el pensamiento de Marx bajo el hegemonismo histórico que adquirió la interpretación soviética al final de la Segunda Guerra Mundial. Wagner, Sombart y Böhm-Bawerk fueron quienes dieron continuidad a la comprensión de la vertiente social-demócrata de Kautsky al mantener la discusión en torno a los lineamientos programáticos del proceso de socialización de la producción. Trotsky aunó a este entorno una crítica más severa que terminó con su asesinato en México, al que antecedió la descalificación por parte de Stalin de sus trabajos, al señalarlos como 'sabiduría desvitalizada y libresca'. La gran tradición sociológica de los años 20 por medio de Weber y Durkheim tuvieron en Marx a su gran interlocutor al desarrollar sus análisis en relación a la confrontación existente entre sus intuiciones teóricas presentes en sus escritos y las difundidas posteriormente por la tesitura soviética en el análisis de las relaciones de la acción humana ejercida en sociedad. Los conceptos de economía, Estado y política, decisivos para Marx en la comprensión de las relaciones sociales de producción, el punto de producción como dijera Elster, refirieron los esfuerzos teóricos de los denominados en la Historia de la Filosofía como *marxistas occidentales*, quienes encabezados por Georg Lukacs en 1923 acuñaron el término de *marxismo ortodoxo*, el cual generó un impulso creciente de revisión del marxismo, pasando por Sweezy y Huberman en Estados Unidos con la revista *Monthly Review*; Rosa Luxemburgo por medio de su amplia obra en Alemania; la *New Left Review* en el Reino Unido con la participación decisiva de Hobsbawm y Anderson; la revista francesa *Arguments*, dirigida por Morin y Axelos y *Nuovi Argumenti*, impulsada en Italia por Gramsci, Onofri y Giolitti. Debemos resaltar cómo el adjetivo referido a la revisión resalta en cada publicación como una muestra clara de cómo este ámbito de revisión demandaba una toma de conciencia que señalaba que la interpretación hegemónica del marxismo no podría ser una interpretación única.

En América Latina el marxismo empieza a ser difundido por Justo y Recabarren desde finales del siglo XIX hasta la constitución del Partido Obrero de Chile, siendo José Carlos Mariátegui quien inicia las primeras labores de sistematización teórica del proyecto socialista para la realidad latinoamericana. El auge político del sistema soviético

a finales de la Segunda Guerra Mundial posibilitó la difusión de esta tesis hegemónica del marxismo en el continente según la cual la revolución debía ser llevada por las diversas etapas de ampliación de las contradicciones del capitalismo hasta llevar a cabo la toma del poder por la dictadura del proletariado. Los incipientes resultados de esta teorización llevó a la comprensión posterior de emprender una etapa democrático-burguesa del proyecto revolucionario, principio que, por citar un ejemplo referencial, inspiró el malogrado proyecto de reforma estatal de Guatemala en 1944 por la intervención norteamericana. El guevarismo de finales de los sesenta hizo hincapié, con el triunfo de la revolución cubana, en la naturaleza socialista de la revolución y en la necesidad de la guerra popular revolucionaria, la que debía ser impulsada más desde la realidad socio-cultural de América Latina que por las directrices únicas de una Internacional, postura que marcó un hito decisivo en las corrientes de interpretación dentro de la izquierda en el continente que la colocaron ante la disyuntiva de las tesis exotista (de adaptación) y europeísta (de derivación) en la forma de llevar a cabo la revolución, posteriormente apreciamos otras escisiones en los movimientos trotskistas y maoístas que nos sugieren desde este momento histórico la ingente necesidad de nuevas direcciones frente a la interpretación única. Las intuiciones de Mariátegui, aún con el desarrollo del marxismo en el medio universitario cubano, no pudieron ser continuadas: el marxismo latinoamericano perdió así progresivamente plena capacidad de respuesta ante el proceso de normalización democrática formal de la antigua Unión Soviética en el contexto de finalización de una Guerra Fría, cuyas secuelas aún sufrimos los pueblos centroamericanos.

Max Horkheimer y Theodor Adorno propusieron, a finales de la década del cincuenta, la necesidad de adquirir una conciencia de autocercioramiento de nuestra modernidad estallada en pedazos por ser parte. Por todo esto, el racionalismo crítico de Popper irrumpió en este mismo contexto, al advertirnos de la fallida pretensión moderna de las teorías omniabarcantes, por lo que el desarrollo de lo que denominamos ciencia debería ir recorriendo los nuevos caminos propuestos por Russell y Wittgenstein, al plantear la necesidad de asumir métodos que supriman la habitual vaguedad discursiva de la filosofía. Todas estas aportaciones que hemos señalado estuvieron ausentes dentro del marxismo, tanto porque todas estas aportaciones que hemos señalado, estuvieron ausentes

dentro del marxismo, tanto porque sus autores fueron marginados y considerados revisionistas, como por considerar que esta crítica podría debilitar la cohesión de un movimiento revolucionario que ya estaba de entrada inhabilitado para argumentar su propia lucha a través de los profundos cambios que ha presentando el contexto internacional en menos de cincuenta años. La constatación que a diario podemos efectuar sobre el éxito desigual del socialismo y el dudoso fracaso del capitalismo lleva al denominado *September group* de los marxistas analíticos a emprender una toma de postura académica frente a la tesitura hegemónica del marxismo. Dicha postura propone que la que la aplicación de la filosofía analítica, la matemática de modelos y las teorías de la acción racional, construyan una teoría consistente del socialismo que recupere los fundamentos del marxismo como corriente de pensamiento, permita comprender desde una argumentación sólida, y no desde la simple afirmación, las problemáticas de exclusión en todos los órdenes que son propias del sistema mundial vigente.

Autorevisiones

Breves perspectivas de método

¿Cómo lleva a cabo este grupo de intelectuales de distintas formaciones, de los cuales no todos son marxistas, esta pretensión de recuperar las estructuras teóricas más consistentes del pensamiento de Marx? Como punto de partida inicial, el tener en cuenta la consideración de que todo lo que hemos denominado marxismo es una interpretación posterior al pensamiento de Marx. ¿Cuáles fueron las características formativas de esta interpretación? Los marxistas analíticos señalan en esta dirección que el marxismo como interpretación posterior al pensamiento de Marx fue asumido, como lo criticó Bakunin en su momento, como el reino de la intuición científica, esa estructura de autocomprensión de esta interpretación de Marx como una teoría omniabarcante de carácter incuestionable para analizar la realidad. Este criterio, nos propone una enorme dificultad teórica cuando constatamos que esta apelación a la racionalidad pende de la tradición ilustrada liberal que pretende inaugurar por medio de su corpus teórico una etapa de genuina racionalidad ante la etapa intelectual oscurantista que le antecedió. Vemos cómo el marxismo posee en este y otros aspectos que mencionaremos, un ligamen liberal propio de su contexto de gestación, dentro del que debemos revisar cómo su crítica al

idealismo, que aparte de reducir la historia de la filosofía a una vulgar lucha entre el idealismo y el materialismo, decantó por la asunción de un idealismo materialista que no refrenda la profunda síntesis que Marx hace de la filosofía de Hegel al considerar a la dialéctica como un proceso analéctico en el que la misma realidad va haciendo antítesis de las formulaciones teóricas para ir las reconstruyendo a partir de sus procesos de constante transformación. Darwin tiene también una influencia decisiva en estas apreciaciones, cuando dentro de la tesitura hegemónica del marxismo se asumió el desarrollo de la historia por estadios, refiriendo así la teoría de la selección natural para justificar una inevitabilidad histórica en el resquebrajamiento del capitalismo al que todavía, aún con sus enormes contradicciones, no hemos podido asistir.

Este análisis de los ligámenes intelectuales de las teorizaciones de Marx nos conducen indefectiblemente a inferir, como ya se ha señalado, que su vasta obra teórica se desarrolla en el contexto de la socialdemocracia alemana: constatación que es decisiva para poner en rigurosa cuestión los argumentos que veían en esta comprensión de la acción política la intrusión de la visión burguesa en el proyecto revolucionario. En este sentido, no debemos olvidar que ha sido precisamente esta variable socialdemócrata la que ha podido ir sobreviviendo a la amplia diversidad de cambios acaecidos en la política internacional y que está ejerciendo el gobierno en la España todavía castigada por las secuelas del 11-M y de la Francia acechada hace menos de dos años por las ideas ultraconservadoras. En este orden de ideas, Kaustky señaló la necesidad de atender el énfasis del mismo Marx en sus escritos de la lucha por la democracia y revisar detenidamente cómo podrían coincidir la 'dictadura del proletariado' con la 'dictadura del partido' que fue practicada en la Rusia estalinista, convirtiendo al Estado en un aparato político militar y centralizador dominado por un partido que se fue transformando en una organización conspirativa, sigilosa y jerárquica alejada de cualquier principio mínimo de equidad de participación ciudadana. Señalamos aquí otro de los ligámenes liberales decimonónicos de la interpretación hegemónica del marxismo, la que apelando a la defensa de los derechos de los individuos construyó un modelo de absolutismo político Marx, en sus escritos económicos y políticos, ataca fuertemente la censura de la prensa que él en su momento sufrió cuando era un pobre escritor de artículos a

razón de una libra esterlina cada uno; criticó, además, el uso del poder abusivo del Estado que vio en el bonapartismo y consideró que la lucha revolucionaria debería llevarse a cabo por medio de diversidad de formaciones políticas. ¿Cuáles de estos principios podríamos señalar dentro de la tesis hegemónica del marxismo? Esta misma pregunta podría ser nuevamente contrastada a la luz de planteamientos más concretos del mismo Marx en cuanto a la organización y ampliación del sufragio, la jornada de ocho horas de trabajo, los cambios en las leyes, la articulación de un Estado social y la socialización de la producción. ¿Qué referencia programática tienen dichos planteamientos? La historia, críticamente comprendida, nos orienta a situarlos en el legado de la socialdemocracia alemana que propone comprender cómo Marx desarrolla una decidida lucha por la democracia dentro de la sentida necesidad de conformación de un Estado social de derecho. Marx desarrolla su vasta obra teórica refiriendo en sus intuiciones este modelo socialdemócrata, en la que sus reflexiones son atingentes a la consecución de formas de representación política y de socialización de la producción que posibiliten una efectiva ampliación de la distribución de la propiedad de los medios de producción, no a la construcción del modelo de Estado totalitario de economía de requisición de la antigua URSS que fue creando progresivamente las contradicciones internas que llevaron a su decisivo resquebrajamiento con la incidencia del Plan Marshall y de la normalización democrática vehiculada por medio de la *perestroika* de Mikhail Gorbachev.

Partiendo de estas consideraciones preliminares, los marxistas analíticos cuestionan lo que ciertas tradiciones dan por sentado, rechazan las macroexplicaciones y rechazan las apelaciones ideológico-emotivas y despliegues gratuitos de erudición de ciertos discursos para buscar dentro de la teoría marxista definiciones precisas, coherentes y sistemáticas a sus intuiciones teóricas. Se niegan gran cantidad de construcciones teóricas del marxismo que sólo tienen sentido en una teoría del conflicto para recuperar sus estructuras más consistentes de análisis de la realidad. Una determinada argumentación es relevante, no porque la haya dicho Marx, sino por su coherencia interna y su ligamen decisivo con el mundo de la vida que refiriera Husserl. En este entorno de reflexión, los marxistas analíticos nos conducen al reconocimiento de la importancia de los procesos individuales en la complejidad propia de las dinámicas sociales. No debemos olvidar

que en los procesos sociales actúan individuos con motivaciones de distinto orden. No todas las personas participantes en determinados movimientos sociales lo hacen por una motivación racional altruista, muchas buscan la satisfacción de sus propios intereses, o derivadamente, el conseguir un beneficio inmediato de su eventual participación en dicho movimiento, apareciendo aquí la teoría del *free rider* que Elster señala como de obligada referencia en nuestros análisis sobre la dinámica de interacción entre los individuos. De lo contrario, nuestras teorizaciones sobre las macroestructuras y los procesos de cambio a gran escala llegan a quedarse, como hasta ahora, en un nivel simple y sencillamente especulativo.

Esta proposición de los denominados microfundamentos, permiten inferir la ausencia dentro del marxismo y otras teorías sociales 'omniabarcantes', de una teoría del sujeto. Esta deficiencia teórica nos propone una acción sin actor, en términos de analítica del lenguaje, de un predicado sin sujeto en el que podemos nuevamente afinar el nivel especulativo de muchas de nuestras macroteorizaciones sobre el desarrollo de las sociedades. Los marxistas analíticos proponen el conocer más exhaustivamente el universo a investigar, de manera que nuestras teorizaciones sobre los problemas sociales tengan mayor alcance explicativo desde este conocimiento concreto del universo que conduzca a abstracciones rigurosamente referidas. La utilización de los microfundamentos propuestos dentro del marxismo analítico allanan el camino para cuestionar la supuesta existencia de un método único propio del marxismo: el análisis de la complejidad de los procesos de interacción social que se dan entre individuos nos permiten establecer cómo dentro de este conjunto de interacciones algunos de estos individuos tienen a menudo objetivos que afectan al bienestar de otros individuos como efectivamente sucede en el ejercicio meramente procedimental de la democracia representativa. Igualmente, esta asunción nos permite criticar cómo la articulación de creencias relativas a entidades supraindividuales no pueden ser reductibles a creencias relativas a individuos. De este razonamiento se señala cómo el marxismo debe ir superando la denominada por Roemer explicación funcional, en la que los resultados de los procesos sociales sirven únicamente para adecuar la formulación de teorías preestablecidas, asumiendo así un criterio de certeza que al no tener un referente empírico mínimo sígue desarrollando teorizaciones que no sobrepasa-

san el nivel especulativo que ya se ha criticado. De aquí que situemos nuestra argumentación en el reconocimiento de que la complejidad de los fenómenos sociales no es reductible a teorizaciones que no pasan de ser más que una bien construida sentencia silogística, relacionando dicha constatación con las reflexiones de Foucault sobre cómo muchas teorías, al ser trasvasadas por mecanismos diversos de institucionalización o de retiro de su falsabilidad se constituyen en regímenes de verdad como efectivamente ocurrió en el caso del marxismo soviético tan severamente criticado tanto por Marcuse como Althusser. Ante esta dificultad metodológica, los marxistas analíticos proponen la asunción de una explicación mixta en términos de construcción de una teoría social, en la que la dinámica social debe ser definida en términos de individuos en dirección a proponer una comprensión de sus dinámicas de interacción que están vehiculadas por estructuras de decisión que fundamentan sus acciones. En estas interacciones interviene una diversidad tan amplia de decisiones, que crean una complejidad que puede llegar a ser comprendida provisionalmente a partir de una teoría de los juegos, en las que el elemento de la irracionalidad, que Nietzsche reivindicara en su intempestiva filosofía, esté integrado en nuestra forma de comprender la densidad de la acción humana en términos estratégicos: campo desde el que podemos ir desentrañando el complejo de inter-retro-relaciones existentes entre los individuos en los que intervienen factores como los costes, los beneficios, las normas sociales y el uso de la información en la adopción de decisiones como ejercicio cotidiano. La recuperación de este legado irracional de Nietzsche, nos permite ir autocerciorándonos sobre cuál es la construcción argumentativa de nuestras propias teorizaciones. En este sentido, debemos señalar que el marxismo analítico es un ejercicio de autocercioramiento de nuestra propia racionalidad, de mayor significación por supuesto para aquellas personas inmersas en la academia que, como un servidor, hemos recibido una formación marxista ortodoxa.

En este proceso de remozamiento metodológico propuesto por el *September group* tiene enorme incidencia el uso del lenguaje. Siguiendo a Wittgenstein, Derrida y Barthes, quienes proponen que el lenguaje delinea los aspectos estructurales del mundo, los hechos y los objetos y que engancha con la realidad mediante proposiciones que son figuras de estos hechos; los marxistas analíticos toman en cuenta

la dificultad inherente al lenguaje como mapa que establece una relación isomórfica con la realidad. Estas reflexiones permiten proponer un análisis discursivo del marxismo ortodoxo en referencia a que la coherencia de su mapa discursivo pende de una teoría del conflicto sin la cual la gran mayoría de sus categorías quedan como contenedores semánticos aislados los unos de los otros. En esta línea reflexiva, estos principios pueden aplicarse para criticar muchos de los excesos tanto retóricos como de erudición del marxismo ortodoxo que están compuestos de gran cantidad de proposiciones que pueden ser consideradas figuras, ya que no describen hechos, sino que únicamente especulan sobre ellos, trayendo como un primer ejemplo la teoría de los estadios de la historia, que, ante las evidencias de la dinámica misma de los hechos no puede refrendar su coherencia interna argumentativa de realidad.

Otra de las construcciones teóricas del marxismo bajo el auspicio de la tesitura soviética que los marxistas analíticos ponen en cuestión es la denominación restrictiva de la clase social referida exclusivamente a la propiedad. Ahora, cuando aplicamos esta definición restrictiva a la realidad del mundo antiguo, como lo hicieron certeramente St. Croix y Finley, en donde el esclavo y el trabajador asalariado no poseen propiedad, afrontamos una manifiesta dificultad para afirmar que ambos pertenecen a la misma clase social; igualmente, cuando extendemos este esquema comprensivo a la situación de los trabajadores subcontratados que tienen la propiedad objetiva del medio de producción así como a la propiedad corporativa de la Iglesia y el Estado: organismos en los que las actuaciones de sus agentes constituyen una acción de clase que no se desarrolla necesariamente en torno a la propiedad. Dificultades como las señaladas, constatan el carácter artificial de esta denominación restrictiva de la clase en una economía de transnacionalización de capitales, en donde la clase es definida de manera dinámica en términos de su comportamiento frente al proceso productivo —entiéndase tener la posibilidad real de trabajar o no trabajar, de prestar o pedir capital en préstamo, de rentar o alquilar tierra o de recibir o emitir órdenes en la propiedad corporativa— y de su lugar en el sistema de dotaciones —entiéndase sus habilidades tangibles e intangibles para desarrollar su trabajo—. En esta perspectiva, más allá de una fallida intención abolicionista del concepto marxiano de clase social, el marxismo analítico propone su necesaria ampliación

a los factores de estatus de explotación en el que están insertos los agentes, el comportamiento subjetivo de estos agentes en el sistema de dotaciones y las relaciones de poder que dimanan del proceso productivo, recuperando así la filiación hegeliana de Marx relacionada con su teorización de la dialéctica del amo y del esclavo. Partiendo del reconocimiento de que el sistema mundial actual propone una circulación de capitales que se afina en una alienación del trabajo, el cual únicamente sirve para producir mercancías y no para satisfacer necesidades; los marxistas analíticos señalan que el sistema actual es éticamente indefendible en razón de no haber superado, tomando las palabras de Einstein, la etapa depredadora del desarrollo de la humanidad.

En este orden de ideas, la explotación es un concepto al que esta corriente de pensamiento pone especial atención en cuanto a dotar de mayor consistencia a su estructura epistémica. Encontramos que la explotación si bien es un intercambio desigual de trabajo por bienes incorporados de manera viva por el esfuerzo del agente y de manera muerta por lo que éste obtiene de regreso en diversos vehículos, no sólo el de su salario, se propone referir dicha estructura en términos de relaciones: el marxismo ortodoxo únicamente afirmaba que A es un explotador y B es un explotado, en vez de afirmar que A explota a B. Esta observación es incidental cuando debemos referir el término explotación a la relación de transferencia de trabajo existente del individuo a la sociedad y viceversa, la cual se puede explicar con precisión, no con las fórmulas matemáticas que puntillosamente aplicáramos en nuestros cursos de Economía Política inspirados en los Manuales de la Academia de Ciencias de la URSS, sino más bien infiriendo en cómo el punto de producción, o sea, la forma en que están organizadas las relaciones sociales de producción, nos conduce a identificar que es en la desigualdad subyacente a la distribución de la propiedad de los medios de producción que se lleva a cabo dicha relación. Los marxistas analíticos proponen a partir de estas ideas que la magnitud del valor de la ganancia corresponde en primer término a la desigualdad subyacente en la distribución de los activos, proceso que no puede ser encerrado sólo en una categoría y mucho menos en formulaciones matemáticas que no pueden aprehender cuantitativamente la complejidad circulativa de los vehículos en el mercado de trabajo, reflexión que nos orienta también a establecer que la explota-

ción no se da únicamente a nivel de la fuerza de trabajo, sino que por medio de la explotación misma de la mercancía. En el marxismo analítico, la teoría de la explotación se orienta a la explicación del valor de la ganancia en términos de la distribución injusta de los medios de producción y del sistema de preferencias de sus agentes intervinientes.

Las críticas vertidas anteriormente podrían plantearnos la interrogante sobre las posibilidades reales de una transformación socialista. A este respecto, Gerald Cohen, plantea microfundamentar la interacción de los individuos desde lo que él denomina el modelo del campamento, en el cual todos los agentes colaboran recíprocamente en la provisión de sus necesidades y en el que no se impulsan las concesiones especiales a cambio de bienes conseguidos como propiedad privada. Aunque a ninguno de los que estamos aquí presentes no nos entusiasme demasiado ir de campamento, debemos admitir que es este modelo basado en la reciprocidad y no en las concesiones de bienes como propiedad privada con el que dicho campamento puede funcionar mejor como una red de provisión de necesidades. Cohen sostiene, entendiéndolo que este modelo debe refinarse para extenderlo a realidades sociales más amplias, que a partir de este ejercicio se puede recuperar el principio de igualdad radical de oportunidades, con el que las políticas públicas no sólo nos conducen a la provisión a algunos de lo que otros siguen disfrutando, sino de la corrección paulatina de las desventajas no elegidas por aquellos miembros de la comunidad política en situación de mayor precariedad. Esta argumentación es complementada por el autor señalando cómo el comportamiento humano canaliza mejor el egoísmo que la generosidad, por lo que el proceso de ampliación de oportunidades a todos los miembros de la comunidad política en distintos órdenes no sólo implica una mera redistribución, sino de establecer una tecnología social que permita reorganizar nuestro sistema de interacciones, de manera que permita extender este ideal comunitario a toda la sociedad, el genuino "demos" propuesto por Aristóteles frente a una ya fallida pretensión de aplicación de un comunismo a gran escala.

Adam Przeworski, en plena continuidad con las reflexiones de Cohen, propone que el proceso de transición al socialismo no se puede comprender exclusivamente a partir de la plena satisfacción de los denominados intereses materiales de los trabajadores. Aunque de hecho exista un conflicto en el salario que los trabajadores obtienen

como precio por su fuerza de trabajo en relación al plusproducto que genera, no nos hemos cuestionado seriamente que, en caso de que todos estos intereses fueran satisfechos, ¿Podría considerarse que han sido satisfechas todas sus necesidades? ¿Qué lugar ocupan aquí otras necesidades como la autonomía, la recreación, la cultura y el afecto? Con estas preguntas, acotamos que los trabajadores dentro de opciones de reforma del régimen de salarios podrían satisfacer estos intereses materiales sin necesidad de transitar al socialismo. Lamentablemente, hay un cúmulo de necesidades pertenecientes a su dinamismo intersubjetivo que no pueden ser cubiertas sólo al satisfacer estas necesidades materiales, las cuales, debe decirse, trascienden tanto al capitalismo como al socialismo. En la manifiesta necesidad existente de socialización de la producción, se requiere que los trabajadores tengan una participación real y horizontalizable en la distribución de la propiedad de los medios de producción de tal manera que les permita a ellos y a todos los ciudadanos reorganizar la tarea productiva como una genuina red de provisión de necesidades, no de mercancías. La simple reforma de los salarios únicamente refrendaría una teoría del crecimiento económico cuyos supuestos efectos para el desarrollo de nuestros países centroamericanos no es constatable debido a que la naturaleza privada de las ganancias condiciona la acción de todos los grupos e instituciones de la sociedad, incluido el Estado. Frente a esta realidad, Przeworski propone que este proceso de reorganización de la producción debe tener como paso inicial el que los trabajadores socialicen el flujo de las ganancias como salarios incrementados, argumentación con la que pone en cuestión una teoría del conflicto que no es sostenible en términos de paralizar la producción; ya que, como sostuvo Kautsky, aunque la mayor parte de la empresa sea pública, no debe cortarse a sí misma el flujo de bienes de circulación que necesita para ir desarrollando el proceso mismo de socialización de la producción. Estas reflexiones nos orientan, a partir de las ideas de Przeworski, que la base racional de una transición al socialismo, de una implantación progresiva del modelo comunitario por medio de las acciones de intermediación social de los ciudadanos comunes y corrientes, nosotros, no puede ser vista únicamente como un mejoramiento inmediato de las condiciones económicas: debemos pensar dialécticamente en el sentido que no podemos paralizar el ciclo de las necesidades e intereses, más bien debemos atender a una observación rigurosa de este proceso para ya no incurrir en las generalizaciones tanto del mar-

xismo ortodoxo como del globalismo neoliberal que proponen conceptos restringidos de las necesidades humanas. De aquí que el proceso de socialización de la producción vaya siendo comprendido como una meta viable en una sociedad de productores asociados para satisfacer necesidades reales.

Perspectivas

El marxismo analítico y la nueva comprensión de los fenómenos sociales

Las reflexiones, ideas y argumentaciones vertidas con anterioridad son materia para una amplia discusión, como en su momento lo intentamos llevar a cabo con los estudiantes de este curso de Maestría y Doctorado en Filosofía Iberoamericana de la UCA. El *September group* ofrece estas nuevas perspectivas teóricas como un intento de reformulación del marxismo a partir de sus concepciones más fuertes. Se lleva a cabo así lo que para muchos ha sido una heterodoxa criba de ideas e interpretaciones, la que en definitiva ha posibilitado refrendar la necesidad de revisión del pensamiento de izquierda que estuvo presente desde el mismo alumbramiento del pensamiento de Marx a la dinámica histórica del mundo contemporáneo. En este ejercicio, es justo reconocer cómo el proyecto socialista sigue siendo un referente para los movimientos sociales alternativos que ejercen una crítica decisiva y necesaria al globalismo neoliberal como ha quedado demostrado con iniciativas como ATTAC o el Foro de Porto Alegre. El socialismo nominal que nos hemos dado a la tarea de criticar a partir de su tesitura más ortodoxa, posibilitó asegurar una base operativa que permitió a los movimientos obreros nacionales desafiar a las clases dirigentes de los países desarrollados. Sus luchas a escala local, consiguieron igualmente la ampliación de los derechos democráticos en el marco de construcción de un Estado social de derecho. Y finalmente, permitió y sigue permitiendo poner en cuestión el principio de solución definitiva de nuestros problemas sociales en la empresarialidad, dando al empresario privado la categoría de único interlocutor social válido, privatizando así peligrosamente el espacio público. Debemos mantener el carácter público de la acción ciudadana evitando que esta se privatice para evitar finalmente la constitución de la base de poder del globalismo neoliberal: las sociedades sin poder. Insisto, nosotros, los ciudadanos comunes y corrientes debemos

impulsar denodadamente, como lo proponen los marxistas analíticos, la recuperación del rol decisivo de las organizaciones intermedias en las labores de maximización y consenso de los intereses de todos los ciudadanos en orden a constituir una genuina comunidad política que no siga únicamente los dictámenes de la democracia procedimental. La situación actual demuestra que la liberalización total de la actividad económica provoca una arbitrariedad social y política que contraviene cualquier referente mínimo de equidad social.

El marxismo analítico propone la recuperación de este proyecto desde una comprensión amplia del proyecto socialista como un proyecto de racionalidad abierta, de solidaridad incluyente, de responsabilidad ecológica y de un ejercicio efectivo de la acción ciudadana basado en la argumentación y no sólo en la afirmación, en la asunción de ideas defendibles y no únicamente de premisas impuestas. Por medio de este ejercicio de autocercioramiento de la racionalidad del marxismo tradicional, esta corriente recupera cuatro estructuras fundamentales del pensamiento marxiano para el análisis social y filosófico: la apropiación condicional coercitiva del plusproducto, los derechos de los individuos, la fetichización de la mercancía-dinero y la necesidad de balances en las estructuras políticas. Hasta la fecha, no podemos decir cómo sería una sociedad socialista porque no sabemos con precisión qué desean los seres humanos ni qué desearían si fueran genuinamente libres. Es una larga marcha reflexiva que debemos emprender, utilizando los términos de Xavier Zubiri. En esta línea de argumentación, debe entenderse que el socialismo no es otro orden social, sino el fin de todos los órdenes sociales, significa variedad y libertad, más no una nueva forma de coerción que obligue a ser libre y creativo. El socialismo propone una sociedad libre de alienación en todos los órdenes en el que se han abolido las condiciones objetivas, donde la gente siempre es libre, en la que nada está dado, en la que la vida no es un instrumento de supervivencia y las cosas no son instrumento de poder; en ella todos los valores son autónomos y la relación entre las personas no está mediada por las cosas. La abolición del capitalismo es una necesidad, no porque lo dicten las leyes de la historia, ni porque el socialismo sea de algún modo superior, sino sólo porque el capitalismo nos impide alcanzar todas nuestras potencialidades de transformación. ¿Cómo transicionar esta problemática? ¿Sólo se puede llevar a cabo este proceso hacia el socialismo? El único modo

de averiguarlo es por medio de una práctica política, entendiendo que la unidad entre la teoría y la práctica no tiene un solo depositario en los partidos políticos. El socialismo quizá llegue a ser posible, pero sólo a condición de que los movimientos por el socialismo recuperen una perspectiva integral que caracterizó a muchas de sus corrientes fuera de los dogmas de las Internacionales y de que este movimiento deje de hacer que el proyecto socialista dependa únicamente del continuo mejoramiento de las condiciones materiales de la clase trabajadora. Puede llegar a ser posible, cuando llegue a ser de nuevo un movimiento social y no sólo un movimiento económico, cuando aprenda de los movimientos feministas y cuando reasimile las cuestiones culturales. El tiempo para este proyecto no está totalmente cerca. Existen todas las razones para esperar que el capitalismo continúe la oportunidad de mejorar las condiciones materiales, y que este hecho será defendido por la fuerza donde y cuando este sistema no lo haga, mientras las condiciones para el socialismo continúen madurando. Por ello, los sueños utópicos no pueden ser sustituto de la lucha para hacer del capitalismo un sistema más eficiente y más humano. Aquí se encuentran la pobreza y la opresión, que no se eliminan con el simple anhelo de un futuro mejor. La lucha por mejorar el capitalismo es tan esencial como siempre. Pero no debemos confundir esta lucha con la causa del socialismo. En esta tarea de dilucidación de la vasta obra teórica de Marx, termino esta intervención, acotando que el marxismo analítico propone la utilización de sus aportes teóricos en la gestión de recuperación de poder de los ciudadanos organizados de diversas maneras en la defensa de sus derechos fundamentales y en la construcción de un proceso de transferencia incondicional del valor dentro de la actividad económica que permita hacer de la acción humana una acción transformadora, una acción de emancipación, una acción constructora de una nueva humanidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blackburn, Robin (ed.). "El socialismo después de la quiebra". En: *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona, Editorial Crítica, 1993. pp. 145-247
- Bottomore, Tom (ed.). *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid, Editorial Tecnos, 1984. pp. 196-202.

- Casal, Paula: "Marxismo analítico". En: <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionarioF.htm>
- Cohen, Gerald: "¿Por qué no el socialismo? En: Gargarella, Roberto y Ovejero, Félix (Comps.). *Razones para el socialismo*. Barcelona, Ediciones Paidós, 2001. pp. 63-85
- Cruz, Manuel. *Filosofía Contemporánea*. Madrid, Editorial Taurus, 2002. pp. 27-32
- Dussell, Enrique. *Praxis Latinoamericana y Filosofía de la Liberación*. Bogotá, Editorial Nueva América, 1994.
- Fornet-Betancourt, Raúl: "Etapá stalinista o época del estancamiento dogmático del marxismo (1941-1958)". En: *Transformación del marxismo. Historia del marxismo en América Latina*. México, Universidad Autónoma de Nuevo León – Plaza y Valdés Editores, 2001. pp. 225-265
- Galcerán Huguet, Monserrat. *La invención del marxismo*. Madrid, IEPALA Editorial, 1997. pp. 297-339. 389-433
- Getty, Arch y Naumov, Oleg. *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*. Barcelona, Editorial Crítica, 2001.
- Gutiérrez, María Alicia. : "Para leer al Marxismo Analítico: controversias metodológicas e implicancias teóricas". En: <http://www.clacso.org>
- Hernández Pacheco, Javier. *Corrientes actuales de filosofía*. Madrid, Editorial Tecnos, 1997. pp. 13-21. 27-32
- Labeledz, Leopold (comp.). *Revisionismo*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1968. pp. 329-606
- Löwy, Michael. *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*. Antología. México, Ediciones Era, 1980.
- Lukacs, Georg. *El marxismo ortodoxo y el materialismo histórico*. México, Editorial Grijalbo, 1978. pp. 9-36
- Kolakowski, Leszek. *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución*. (2 vols.) Madrid, Alianza Editorial, 1980. pp. 186-188
- Monterrosa Díaz, Luis Antonio. *Teoría Marxista y Praxis Revolucionaria FMLN 1980-1990*. Tesis para optar a la licenciatura en Filosofía. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA). Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza. Departamento de Filosofía. San Salvador, 1992.

- Pipes, Richard. *Historia del comunismo*. Barcelona, Editorial Mondadori, 2002. pp. 22-25
- Przeworski, Adam: "Intereses materiales, compromisos de clase y transición al socialismo". En: John Roemer (Comp.): *El marxismo: una perspectiva analítica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986. pp. 188-216
- Quintanilla, Miguel (ed.). *Diccionario de filosofía contemporánea*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1979. pp. 16-24
- Roemer, John. *El marxismo: una perspectiva analítica*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1989. pp. 9-10
- John Roemer: "¿Deberían interesarse los marxistas por la explotación?". En: John Roemer (Comp.): *El marxismo: una perspectiva analítica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986. pp. 293-320
- Sabine, George. *Historia de la Teoría Política*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1994. pp. 595-651
- Stroll, Avrum. *La filosofía analítica del siglo XX*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002. pp. 69-71
- Talomé García, Duncanj Antonio. *El aporte del marxismo analítico a la comprensión de los movimientos colectivos*. Tesis Licenciado en Filosofía. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas –UCA-. Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza. Departamento de Filosofía. San Salvador, 1999.